

Las últimas horas de Pablo Neruda

“**C**HICOS, estoy muy mal. Esto es el final. Tienen que quedarse conmigo”, fueron casi las últimas palabras que Pablo Neruda dijo a sus amigos Charo Cofré y Hugo Arévalo el 18 de septiembre de 1973, pocas horas antes de perder la conciencia y de sucumbir irremediablemente a la enfermedad que le quitaría la vida.

En su casa de Isla Negra, el poeta y Premio Nobel de Literatura 1971 recibió ese día la visita del matrimonio de artistas con el cual lo unían estrechos lazos desde 1970, cuando juntos recorrieron Chile filmando una serie de documentales que Canal 13 exhibió en aquella época.

Veinte años después, Charo y su marido (director de TV y también folclorista) se emocionan todavía al recordar lo mal que estaba Neruda ese día, cuando lo vieron por última vez. Habían decidido arriesgarse durante las pocas horas en que se levantaba el toque de queda para viajar hacia la costa a saber de “don Pablo”, como todavía lo llaman con respeto y afecto.

Corrían serios rumores de que el poeta había muerto. Poco se sabía de lo que verdaderamente estaba ocurriendo, debido a las restricciones de prensa. Arévalo acababa de ser despedido de Canal 13. “Me llamó Juan Agustín Vargas el día 17 para avisarme que estaba echado, después de 18 años de trabajo en el canal. Ni siquiera respetaron el fuero, ya que yo era dirigente sindical”.

El matrimonio partió en su *citrola* en cuanto se levantó el toque. “Cuando llegamos le mandamos un mensaje escrito con el chofer, un joven de Temuco, quien nos abrió la puerta. Don Pablo nos pidió que entraráramos enseguida, y con el auto, porque creía que nos podían estar siguiendo”, recuerda Charo.

Pensaron que la casa estaría llena de gente, quizá amigos, quizá refugiados. Pero no había nadie. Se veía cierto desorden porque acababan de llegar las cajas con sus pertenencias desde París, donde Neruda había sido embajador hasta diciembre de 1972. Una patrulla militar había visitado la vivienda días antes, pero se comportaron en forma respetuosa, según les contó el poeta.

“Don Pablo se veía muy choqueado por los sucesos del 11. Tenía mucha rabia. Miraba el Te Deum por televisión y estaba tan alterado que discutía con ella. «¿Acaso Salvador (Allende) no tenía derecho a tener esos ternos?», se preguntaba cuando veía las imágenes que transmitían de la casa presidencial de Tomás Moro”.

Pese a su enfermedad, el poeta quiso cele-

Los artistas Charo Cofré y Hugo Arévalo, quienes fueron sus grandes amigos, recuerdan los momentos previos a la muerte del poeta, de la cual hoy se recuerdan veinte años.



El doloroso funeral del 25 de septiembre de 1973. Pese a los difíciles momentos, decenas de personas acudieron al Cementerio General.



Hugo Arévalo y Charo Cofré junto con los recuerdos del poeta: “Neruda se murió de pena. El golpe lo derrumbó físicamente...”.

brar el 18 con vino y empanadas. “Fue casi como un rito final. Nosotros veíamos que él sentía una gran impotencia. «Yo sería tan útil si pudiera salir de aquí, pero mireme cómo estoy», decía, pensando en los convulsionados hechos que estaban pasando fuera”.

Charo confiesa que en ese momento “todos éramos un poco ingenuos” respecto de lo que significaba el golpe de Estado. El escritor, en cambio, “tenía muy claro de qué se trataba. Sabía lo que vendría después. Le preguntamos qué debíamos hacer: «Lo primero es sobrevivir —nos dijo—, ustedes son jóvenes y van a ser testigos de que estas cosas pasan». El tenía esa seguridad. Dijo algo que nunca se me olvidó: «Los chilenos se van a reencontrar, pero de una manera distinta, y se van a recuperar las cosas, quizás después de mucho tiempo”.

Para Hugo Arévalo, el golpe y la muerte de Pablo —ocurrida cinco días después, en la noche del 23 de septiembre de 1973— fueron dos sucesos paralelos. “No sé si fue un deseo de él o simplemente coincidió. Se agravó repentinamente por los mismos hechos y no

quiso vivir más. Si nosotros sostenemos que se murió de pena, es un hecho real. Porque físicamente lo vimos venirse abajo. Lo habíamos visto una semana antes y no estaba así. Ese 18, en cambio, él estaba físicamente derrumbado. Lo que había ocurrido era como una herida física en su cuerpo”.

El matrimonio se quedó esa noche en Isla Negra y a las cinco de la madrugada del 19 de septiembre, Matilde los despertó para avisarles que había pedido una ambulancia. Pablo estaba mal, deliraba. En su *citrola*, Charo y Hugo siguieron al vehículo que se dirigió hasta la Clínica Santa María, en la capital.

El 23, pocos minutos antes del deceso del escritor, Matilde los llamó para pedirles que abrieran “La Chascona”, la casa del poeta en el Barrio Bellavista. “Pablo se muere. Quiero velarlo ahí”, les comentó.

No fueron necesarias las llaves para abrir la vivienda, que había sido saqueada.

En medio de los vidrios quebrados, de los destrozos y del agua que corría por todas partes se vivió el último adiós al poeta. La viuda no quiso recibir al edecán de la Junta

Militar, quien concurrió a darle el pésame. El día 25 en la mañana partió un pequeño grupo en dirección al Cementerio General.

“En ese funeral se apareció la gente más insólita: dirigentes políticos camuflados, periodistas haciéndose pasar por corresponsales extranjeros... Pese al gran temor, llegaron muchas personas al cementerio. Fue algo muy emotivo. Hubo gritos, saludos a Allende. Pese a todo el temor...”, recuerda la cantante. El escritor Francisco Coloane hizo el discurso final.

Hoy, Charo y Hugo —quienes en octubre de 1973 partieron a un exilio de once años— atesoran los recuerdos que Pablo les dejó. Libros firmados con su pluma de tinta verde y una hermosa foto dedicada para ambos, que él se tomó en París en sus tiempos de embajador. Y sobre todo las horas compartidas en intimidad, las anécdotas, los gestos de cariño. Sienten, de alguna manera, que el poeta sigue vivo, dentro de ellos y dentro de toda la gente que lo admira y recuerda aunque hayan pasado ya dos décadas desde su muerte.